EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL BAILE DE LA CONDESA

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS.—2—2.°

1888.

EL BAILE DE LA CONDESA.

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4.ª ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (4.ª ed.)
El amor constipado. (2.ª ed.)
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuca.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco (4.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
La córte del rey Reuma.
La niñez engañosa.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobre porfiado (4.ª edicion.)
Las niñas del entresuelo.
El baston y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena. bonita y barata.
El primer galan.
Moros en la costa.
Todo por el arte
¡Si yo tuviera dinero!
Dia completo.
¡Ultimo adios! (3.ª ed.)

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida. (2.ª ed.) — Esto, lo otro y lo de más allá —Soledades. (Poesías.)— Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.—Noches en vela. (Poesías.)

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrión.— (2) Idem.
(3) Obra en colaboración con los principales escritores.

EL BAILE DE LA CONDESA

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Estrenada en el Teatro ESPAÑOL en el mes de Setiembre de 1872.

SEGÚNDA EDICIÓN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ,
Atocha, 100, principal.

1888.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA	D.ª TEODORA LAMADRID.
LA MARQUESA	ELISA BOLDUN.
SERAFINA	JOSEFA HIJOSA.
LAURA	CÁNDIDA DARDALLA.
LA GENERALA	BALBINA VALVERDE.
EL CONDE	D. RICARDO MORALES.
EL GENERAL	JOSÉ ALISEDO.
PEDRO	JULIÁN GARCÍA.
DONCELLA	N. N.

Esta obra es propiedad de Doña María Loreto Gulloo de Fiscowich, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacióo y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Un elegantísimo gabinete con puerta al foro y dos balcones. Luces, chimenea, periódicos.

ESCENA PRIMERA.

CONDE y CONDESA, sentados al amor del fuego.

CONDE. ¿María?

CONDESA. ¿Román?

CONDE. Son las diez y media.

CONDESA. Lo estaba viendo. Este reloj debe ir adelantado.

CONDE. No, hija mía, no, va perfectamente.

CONDESA. Son, pues, las diez y media en punto.

CONDE. Eso es; por pronto que te vistas, salimos de casa á las once largas de talle.

CONDESA. Voy á vestirme, ¿y tú?

CONDE. Yo también.

CONDESA. Pues anda.

CONDE. Caramba qué lástima, hay aquí una temperatura tan agradable ..

CONDESA. ¡Ya lo creo!

CONDE. Y la noche debe ser tan cruda...

CONDESA. Eso pensaba yo ahora mismo.

CONDE. ¿Nieva?

CONDESA. No; pero el suelo está tapizado de nieve. Parece el suelo una sábana...

CONDE. Ó un pliego de papel. (Bostezando.)

CONDESA. Vamos, ¿qué hacemos?

CONDE. ¿Y qué hemos de hacer, hija mía? Vestirnos y mar-

charnos al baile, sopena de pasar por unos groseros: ¡Aaah! malditas las ganas que tengo.

CONDESA. Vamos, hombre, muévete. Te figurarás sin duda que estoy creyendo...

CONDE. ¿Creyendo qué?

CONDESA. Que te pesa ir al baile.

CONDE. Como que me pesa.

CONDESA. ¡Román, cuánto siento que no seas franco!

CONDE. ¿Por qué?

CONDESA. ¿De qué sabes tú que va al baile la Marquesa, tu prima?

CONDE. ¿Y de qué sabes tú que va al baile tu amigo el de la embajada rusa?

CONDESA. ¿Eh?

CONDE. ¡Porque tú... lo sabes!

CONDESA. Román, no ignoras que me disgusta mucho que me hables de ciertas cosas. ¿Me crees capaz de engañarte?

CONDE. ¿No me supones tú á mí traidor á tu cariño?

CONDESA. Es que tú hablas con ella.

CONDE. Es que tú bailas con él.

CONDESA. Y tú le das la mano.

CONDE. Y tú le tomas el brazo...

CONDESA. Eso si es verdad... cuando me ofrece el brazo para dar una vuelta por el salón, acepto.

CONDE. Ya lo sé, ya.

CONDESA. Y francamente, no puede suceder otra cosa... ¿Qué voy á hacer? Voy á decirle «¿No me da la gana?»

CONDE. No, precisamente no me da la gana no estaría bien, pero...

CONDESA. Pero qué...

CONDE. Nada, nada, tienes razón, si uno ha de frecuentar la sociedad, no puede ser grosero. Lo mismo que á tí me sucede á mí... cuando mi prima me dice adios, Román, y me alarga sus cinco sonrosados dedos, aquellas cinco nacaradas uñas...

CONDESA. ¡Román! (Incomodadísima.)

CONDE. Hija mía, ¿y qué le voy á hacer? Le he de decir, no, prima, no, yo no doy la mano á las primas.

CONDESA. Ni á las que no son primas tampoco, ¿oyes? Yo no le doy la mano á ningún primo, ¿sabes?

CONDE. El primo sería yo en tal caso.

CONDESA. ¿Eh?

CONDE. Digo, ¡me parece!

CONDESA. Tú prima la Marque es tonta, ¿no lo sabías? Pues ya lo sabes.

CONDE. ¿Tonta?

CONDESA. Anteayer tuve que ponerme séria con ella.

CONDE ¡Tú!

CONDESA. Yo misma. Comenzó á hablar de tí con tal fuego...

CONDE. ¿Cometiste alguna imprudencia?

CONDESA. No, pero no cesaba de hablar de tu edad y de que sois de una edad y de que os conoceis desde vuestra primera edad, y la pregunté sencillamente. ¿Qué edad tiene usted, prima?

CONDE. Y ella que la oculta...

CONDESA. Se puso encendida, y varió de conversación.

CONDE. Y te has creado un enemigo.

CONDESA. Tú ves enemigos en todas mis conocidas.

CONDE. Conozco á Madrid mejor que tú.

CONDESA. Más temibles me parecen las niñas del general, nuestro antiguo amigo.

CONDE. ¡Ya! Una de sus niñas.

CONDESA. ¡Las dos!

CONDE. Sí, las dos creyeron hace cuatro años que yo me iba á casar con una de ellas.

CONDESA. Y aun lo dijeron públicamente.

CONDE. ¿Sí?

CONDESA. ¡Ya lo creo!

CONDE. Pero luego, la bella condesa mereció mi preferencia.

CONDESA. Y no me lo han perdonado todavía.

CONDE. ¿Crees?

CONDESA. Lo adivino. Y como están aun solteritas...

CONDE. Si están tan amantes contigo...

CONDESA. Otra les queda.

CONDE. Habeis hablado...

CONDESA. ¡Oh! nunca.

CONDE. Entonces...

CONDESA. Ay Román, que desde que vivo entre todas ellas, de ellas lo temo todo. ¡Qué bien me estaba yo en mi casa.

CONDE. Sin que nadie se acordara de tí.

CONDESA. ¡Precisamente!

CONDE. Y ahora, Madrid entero admira tu hermosura y tus bellas prendas.

CONDESA. Sí, pero no doy un paso que no sea un peligro.

CONDE. Ya, si tienes miedo á unas niñas chismosas...

CONDESA ¿Sabes lo que cantaba en Jeréz nuestro jardinero?

CONDE. ¿Qué?

CONDESA.
Más temo á una mala lengua
que á la mano del verdugo,
que el verdugo mata un hombre
y una mala lengua, muchos.

CONDE. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡El buen Roque!

CONDESA. Reniego de las niñas chismosas y de las viuditas que ocultan los años...

CONDE. ¡Y dale con la prima!

CONDESA. ¡Si es tonta!

CONDE. Conque tonta, ¿eh? Tiene veintiocho años, y es viuda por segunda vez. Lleva despachados dos maridos, de los cuales el uno había hecho toda la guerra civil y la de África, y partía una mesa de un puñetazo; el otro era médico y mató más gente él solo que diez epidemias; pues nada, al poco tiempo de casarse con ella, ¡catapúm! al hoyo. Les ha heredado, es libre, independiente, joven, millonaria, bonita, tiene tres coches, diez casas en Madrid, seis cortijos en Córdoba, tres por ciento consolidado, bonos, acciones de carreteras, media docena de amantes y un corazón con más loçal que las Fondas Peninsulares. Digo, ¡si será tonta!

CONDESA. Bien, esposo mío, muy bien, veo que profesas una moral excelente y te doy la enhorabuena por el parentesco Verdaderamente que una mujer así merece que todos ustedes la rodeen en todas partes, la den el brazo para llevarla al coche, la llamen con todos los nombres más apologéticos del mundo... (Transición brusca.)

¡Pues ya no me da la gana de ir al baile! ¡Ea! (Rompe arrojándolo al suelo un jarrón de china que hay sobre un velador. En seguido se sienta de espaldas al Conde llorando. El Conde la mira durante algunos segundos, y luego con mucha calma dice:)

CONDE. Pues no vamos al baile. (Al oir estas palabras asoma una sonrisa en los labios de la Condesa. El Conde se vá por una de las puertas laterales. En este momento entra el General leyendo una carta y baja hasta el proscenio sin levantar la vista del papel. La Condesa que no ha vuelto la cabeza ni visto marchar se al Conde, se vuelve de pronto y dice:)

CONDESA. ¡Bendito seas! (Y abraza al General, echándole los brazos al cuello, creyendo que era el Conde. El General al recibir el abrazo, lo dá también, y ambos personajes se quedan mirándose uno á otro abriendo mucho los ojos.)

ESCENA II.

LA CONDESA y el GENERAL.

CONDESA. Pero General...

GENER. Pero Condesa...

CONDESA. ¿Por dónde ha entrado usted?

GENER. Por donde es costumbre.

CONDESA. Creí que abrazaba á mi marido.

GENER. Es igual.

CONDESA. No, no, perdone usted, no es igual.

GENER. En cuanto le vea le doy el abrazo y me quedo sin él. No me durará mucho.

CONDESA. ¿Y cómo usted por aquí á estas horas?

GENER. Como que voy de baile.

CONDESA. ¿También usted?

GENER. También yo. Llevo ya cinco esta semana y estamos en sábado. El domingo, baile en casa de los condes de Alfundia, el lúnes, baile en casa de los marqueses de la Yedra, el mártes, comedia en casa de los Señores de Antero, el miércoles comedia y baile en casa de la duquesa de Utedo, el juéves concierto y baile, y no re-

cuerdo qué otra cosa en el palacio del barón de la Esperanza, y hoy gran baile ahí enfrente en casa de la Condesa de Casa-Borrego. Mañana tenemos un baile de niños en casa de mi prima, y pasado mañana supongo que habrá baile de viejos en alguna otra parte. Es una diversión, señora. Yo no he visto una sociedad más feliz que esta. Empieza uno á vivir á las once de la noche y se acuesta á las ocho de la mañana; así tenemos todos este color tan sano y tan hermoso. Yo, como tengo dos niñas y me conoce todo el mundo, no tengo más remedio que ir á todas partes, y me dá un gusto .. si viera usted qué gusto me dá! Cada noche un vestido y dos pares de guantes Todo el día se lo pasan pensando en los perifollos que se ván á poner por la noche. No se almuerza hasta las tres de la tarde, se come de prisa y corriendo. Un recado á la modista porque es muy tarde y el traje no llega. Camelias frescas, agua de colonia, esencia de violeta, polvos de arroz... y qué cuentas, señora! ¡Yo ya no puedo más! Estas niñas se han figurado que yo tengo alguna mina en el escritorio. Papá, dine o para guantes; papá, dinero para flores; papá, esto, papá, lo otro... Dígame usted un general de cuartel, con mas deudas que el gobierno, cómo puede soportar este gasto! Y si al menos las niñas se casaran pronto... pero cá! ya no hay hombre que se case. En cuanto las ven con todas esas faldas y sobre faldas y esas mil cosas que llevan, se asustan, pues no se han de asustar? ¡Figúrese usted quién se atreve á cargar con una mujer que gasta en una noche lo que un hombre en dos meses! Pues nada, ellas se han empeñado en sacar novio, y viva la Pepa! Ahora las voy á llevar ahí enfrente á que bailen toda la noche. ¡Mañana á las doce estarán durmiendo. Yo entretanto estaré dando mis órdenes para no recibir á nadie, porque cada vez que suena la campanilla de mi casa, me pongo á temblar de los piés á la cabeza. ¡Ay, Condesa, que aburrido estoy! No tengo palabras con qué expresar á usted mi disgusto.

CONDESA. ¡Y qué vá usted á hacer! Una persona como usted no puede prescindir de sus relaciones Y en cuanto á las niñas... ¿no es muy natural que quieran divertirse? Déjelas usted, que tiempo les quedará para llorar. Ya verá usted cuando se casen como...

GENER. ¡Que no se casan, condesa, que no se casan! Yo me pongo en la situación de un hombre soltero. Todo el mundo sabe que yo no tengo rentas, y al mismo tiempo las ven á ellas tan bien vestidas como usted que tiene de renta veinte ó treinta mil duros. ¿No comprende usted que esto es muy alarmante? ¿Que están llenas de necesidades y vacias de dinero?

CONDESA. ¿Y usted, señor predicador, por qué les ha creado esas necesidades?

GENER. ¿Yo? Por Dios, Condesa, no me desespere usted más de lo que estoy. Yo no he creado tales necesidades. El año sesenta era coronel. Viviamos modestamente en Cádiz. Me fuí á la guerra de Africa y allí me hicieron mariscal de campo. Mi mujer, que olió los dos ascensos y que se oyó llamar Generala, se figuró que le habia caido la lotería. Cuando volvimos á España me las encontré con unos vuelos que sentí no haberme quedado en una trinchera.

CONDESA. ¡Por Dios, General!

GENER. ¡Pues es claro! Mi mujer se ha figurado que un General es un millonario, ó algún personaje muy importante... digo, y en un pais en que dentro de un par de años todos los españoles serán generales! ¡Esto está perdido, señora, esto está perdido!

CONDESA. ¡Já! ¡já! ¡já!

GENER. Lo que yo les digo á ellas, el dia de mañana al salir de un baile me dá una pulmonía y me muero en venticuatro horas, y ¿qué van ustedes á hacer? ¡Pedir limosna! Pero ya se vé, mi mujer dice que las niñas metidas en casa no se casarán, y vamos andando. Y no es lo peor esto, sino que vivimos en un país en que cuanto más se dá uno á ver, más le murmuran. ¡Si usted supiera!

CONDESA. ¿Qué?

GENER. ¡Que esto está perdido! Que aqui no se libra nadie de... en fin, que hoy. aquí mismo, he recibido un anónimo No he hecho más que romper el sobre en la oscuridad...

CONDESA. ¿Un anónimo?

GENER. Si, señora, un anónimo en que me dicen: «¡Mas te valiera tener un poco de sentido comun y no contribuir á que tu mujer haga público alarde de sus relaciones con el progresista!»

CONDESA. ¡General!

GENER. ¡Y aquí me tiene usted lleno de confusiones y sin saber quién es el progresista! Pero que hay un progresista que enamora á mi mujer, es cosa indudable. Se lo cuento á usted, Condesa, porque usted es una amiga muy leal y me vá usted á ayudar en mis averiguaciones. ¡Quién puede ser ese progresista!

CONDESA. No crea usted tales cosas. (Rompiendo el anónimo.) Va usted á hacer caso de un papel anónimo.

GENER. Es que no es solamente el anónimo, no señora, sino que...

CONDESA. ¿Qué?

GENER. Que yo vengo notando... no sé qué vengo notando, pero algo es que no me tiene nada contento.

CONDESA. ¡Oh! De eso hay mucho, General, de eso hay mucho, y el que más y el que ménos... supuesto que usted es tan franco... voy á ser franca yo también. Yo también estoy harta de baile y de jarana. Ha de saber usted que ha habido un incendio en Jerez.

GENER. ¿Si, eh? Siento no haberlo sabido á tiempo.

CONDESA. ¿Para qué?

GENER. Para haber llevado á mi señora á visitar la población.

CONDESA. ¡Por Dios!

GENER. ¡Ay, Condesa, me tiene muy harto!

CONDESA Pues repito á usted que ha habido un incendio en Jerez.

GENER. Bien, ¿y qué?

CONDESA. Y además, se ha perdido la cosecha.

GENER. Me alegro muchísimo.

CONDESA. ¿Por qué?

GENER. Porque así seremos muchos.

CONDESA. Pero usted no ignora que nuestro condado radica allí, y que este año no cojemos nada.

GENER. Yo hace tiempo que no cojo un real...

CONDESA. ¿No le interesa á usted lo que le digo?

GENER. Sí, señora, sí. Han perdido ustedes el trigo, ¿no es eso?

CONDESA. Justamente. Además, mi señor marido ha dado en hacer política.

GENER. ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

CONDESA. Y además, ha jugado á la Bolsa y ha perdido.

GENER. Yo también jugué anoche en el Casino y perdí diez y nueve duros.

CONDESA. ¿De veras? ¡Já! ¡Já! ¡Já! Siempre de buen humor.

GENER. No, señora, no, siempre de malo.

CONDESA. En resúmen, General, que usted se queja de lo suyo, y no quiere oir á los demás.

GENER. Hable usted, Condesa, hable usted, sabe usted que la estimo.

CONDESA. Mi marido lleva una larga temporada de descuidar un poco sus negocios, ¿sabe usted en qué consiste? Pues consiste en que para darse buena vida se necesita tener mucho dinero.

GENER. Esa es la mía.

CONDESA. Y consiste además, en que se puede ser feliz de valde. Mire usted, General; nosotros vivíamos en Jerez perfectamente. Allí, naturalmente no había grandes bailes, ni teatro de la Ópera, ni paseo de la Castellana; como el círculo era pequeño, no daba un paso mi marido sin que yo lo supiera. Le eligieron diputado, vinimos á Madrid, pusimos casa, y comenzaron las exigencias sociales y los compromisos ineludibles. Nuestra renta, que allí era suficiente, aquí es exigüa, si hemos de dar decoro á nuestro título de nobleza. Yo no soy vanidosa, tengo esa gran fortuna. El dinero que he de emplear en un traje, se lo daría de muy buena gana á los pobres, si mi marido no se empeñara...

GENER. ¡Para empeñado, yo!

CONDESA. Bueno. Si mi marido no se empeñara en que uno se debe al mundo en que vive. Yo tengo tres hijos, tres, General, que han de ser grandes y han de tener una carrera, porque no pueden vivir de sus rentas; y yo viviría de otra manera, mirándome en ellos, si todas estas necesidades no hubieran traído otros muchos cuidados. Cuando salgo de noche, no estoy tranquila bailando, porque no sé si ellos estarán durmiendo, y al mismo tiempo... y al mismo tiempo, General... ¡mi marido tiene una prima! (Llorando.)

GENER. ¡Hola! ¡Hola! Eso sí que me parece más grave.

CONDESA. Sí, señor, una prima que no sé de dónde ha salido.

GENER. ¡Sí, sí; á usted le ha salido una prima y á mí me ha salido un progresista!

CONDESA. Pero afortunadamente, yo espero que todo esto se remedie. Por de pronto, esta noche no vamos ahí enfrente.

GENER. ¿Ah, no?

CONDESA. No, señor.

GENER. Pues mi mujer y las niñas iban á venir por ustedes.

CONDESA. Pues no vamos.

GENER. ¿Y por qué?

CONDESA. Porque yo he dicho que no quería ir, y él ha accedido.

GENER. Como que el Conde tiene un fondo excelente.

CONDESA. Sí, pero yo tengo miedo al porvenir, y sobre todo, á la prima.

GENER. ¿Y qué ha de suceder cuando uno vive siempre en evidencia? ¡Si yo tengo una mujer que vive de noche y no hace más que bailar como si tuviera quince años. ¡Y tiene cincuenta y nueve, señora, cincuenta y nueve que yo sepa!

CONDESA. Pues no los representa.

GENER. ¡No los representa, los baila! Y así resulta que todo el mundo me va á señalar con el dedo.

CONDESA. No tanto.

GENER. Cuando hay quien me escribe un anónimo, ¡figúrese usted si la cosa será pública y notoria! Tiene usted

razón, yo debo averiguar eso y lo mejor es...

CONDESA. ¡Silencio!

ESCENA III.

LA CONDESA, el GENERAL, la GENERALA, LAURA y SERAFINA.

GENERALA y NIÑAS. ¡Muy buenas noches!

CONDESA. ¡Hola! señora.

GENERALA. *Bon soir ma cherie*, ¿cómo va, cómo va? ¿Pero no está usted vestida? ¡Qué escándalo!

SERAF. Ya se habrá empezado. ¿Está usted mala, Condesa? ¿Cómo es que se ha descuidado usted?...

CONDESA. No tenía humor.

LAURA. ¿Qué le parece á usted el vestido? Estoy hecha una facha, verdad? Me vestí de prisa y corriendo... ¿tiene usted ahí un lazo?

CONDESA. Los qué tú quieras. Pasa al tocador. Son muy bonitos esos vestidos, de muy buen gusto. ¿Quién los ha hecho?

SERAF. Honorine. Son por el estilo de los de Blanca Morales, ¿recuerda usted? Solamente que estos no tienen aquellos volantes tan horrorosos... qué mal gusto tiene esa chica, ¿verdad?

LAURA. Pésimo.

GENERALA. ¡Y luego como es tan fea!

GENER. (Ya empiezan.)

SERAF. Todo le va mal.

LAURA. ¿Sabe usted que se casa?

SERAF. Yo no lo creo.

CONDESA. ¿Con quién?

GENERALA. Con un pobretón.

SERAF. Con un viejo.

LAURA. Con un tramposo.

GENERALA. Dicen que es muy rico, pero no debe de ser verdad.

LAURA. Será como la boda de nuestra vecina, la de López.

CONDESA. ¿Se casó?

SERAF. Sí, señora, con un sevillano.

LAURA. Muy antipático.

SERAF. Muy cursi.

LAURA. Muy alto.

SERAF. Muy bajo.

GENER. ¿En qué quedamos?

GENERALA. Bonita pareja.

SERAF. Tal para cual.

GENERALA. Esta noche veremos cosas buenas, vístase usted pronto. Ese gran baile debe ser muy divertido. ¡Yo no sé de donde saca el dinero esa gente!

CONDESA. Son muy ricos.

GENERALA. ¡No lo crea usted! Les conozco hace años. Él es un *pervenú*, ella una mujer de muchísima historia. Les conocí en Biarritz. Han invitado á todo Madrid, estarán allí los recien casados, los de López.

SERAF. Él me hizo á mi el amor, pero no le quise.

GENER. (Lo siento.)

LAURA. Y ella tiene unos celos...

CONDESA. (¡Qué charlar!)

GENERALA. ¿Con que se viste usted?

CONDESA. Creo que no vamos.

SERAF. ¡Cómo!

CONDESA. Por no vestirme...

LAURA. Cualquier coso. Usted siempre está bien. (Qué ajada está, ¿verdad?)

SERAF. (No es conocida.) Usted es tan guapa...

LAURA. Anímese usted.

GENERALA. ¡No sale usted nunca! Todo el mundo lo extraña.

SERAF. Hoy no ha paseado usted.

LAURA. Y se lo apruebo. Estaba la Castellana *atroz*!

GENERALA. Las de Sampil con sus eternos vestidos verdes.

SERAF. Un día se las van á comer,

LAURA. ¡Y qué estropeadas!

GENERALA. ¡Y qué viejas!

SERAF. ¡Esas ya no se casan!

LAURA. ¡Qué se han de casar!

GENERALA. ¡Eso quisieran ellas!

SERAF. Querian pescar á Pepito Sopena, ¿sabe usted?

CONDESA. He oído algo de eso. Ayer estuvo, me habló de ustedes.

GENERALA. Qué chico tan bueno, ¿verdad?

SERAF. ¡Qué bien educado!

LAURA. ¡Qué atento!

GENERALA. ¡Qué *esprit* tiene! ¿verdad? ¡Qué simpático! En casa come todos los viérnes, le estimamos mucho.

CONDESA También me ha dicho que se casa.

SERAF. y LAURA. ¿Quién?

GENERALA. ¿Pepito?

SERAF. ¿De veras?

CONDESA. Sí; dentro de un mes.

SERAF. y LAURA. ¿Con quién?

CONDESA. No recuerdo.

SERAF. Pues lo siento por la novia, porque aunque es buen chico, no tiene talento.

LAURA. Ni posición.

SERAF. Ni carrera.

LAURA. Está muy pagado de su figura.

SERAF. No tiene sobre qué caerse muerto.

LAURA. Es muy díscolo...

SERAF. Y muy descarado.

LAURA. Y muy presumido.

SERAF. ¡Y muy tonto!

LAURA. (¿Has oído?) (Á Serafina.)

SERAF. (¿Has visto?) (Á Laura.)

GENERALA. Juan, el viérnes comemos fuera.

GENER. Condesa, ya habrá usted observado que mis hijas no son mudas.

CENERALA. ¿Pues qué quieres, hombre, que no hablen de nada? Mi marido quisiera que las niñas fueran unas mogigatas que no levantaran la vista del suelo.

GENER. No, mujer, pero quisiera que respetasen á las gentes y no desmintieran la educación que les he dado. Es mucho cuento que no habéis de dejar hueso sano á nadie! ¡Y dale conque si este se casa y con que si se casa el otro. ¡Dejad en paz al que se casa, que bastante trabajo tiene!

GENERALA. Y eso no es murmurar, ¿verdad?

CONDESA. La verdad es que hay tanto de censurable en nuestras costumbres... ¿Verdad, señora?

GENERALA. ¡Oh! ¡Es un horror, condesa, es un horror lo que se ve en este Madrid! Yo, si no fuera porque nuestra posición no nos permite aislarnos, le aseguro á usted que no me presentaría en ninguna parte, pero ya se vé, cuando una tiene hijas, ¿eh?

CONDESA. ¡Es claro!

GENERALA. Hay que llevarlas al mundo...

GENER. Sí, hay que llevarlas al gran mundo, aunque uno no tenga una peseta.

GENERALA. Á este le ha dado por hacerse el pobre, ¿sabe usted?

GENER. ¡Ya lo creo! Pero si se siguieran mis consejos, yo no pasearía las niñas por los salones, las pasearía por la calle de Postas, ó por la calle de Toledo.

GENERALA. ¡Uf! ¡Calla, hombre, calla!

GENER. Yo sé lo que me digo. ¡Allí está el trigo!

GENERALA. ¿Y el conde?

CONDESA. Adentro.

SERAF. ¿Tampoco sale?

CONDESA. Creo que no.

LAURA. ¿No va al baile?

CONDESA. No yendo yo...

LAURA. ¿Y qué importa? Si están ustedes invitados, tendrá que ir á dar una vuelta.

SERAF. Su prima la marquesa me ha dicho que va...

GENERAL. (Allá va eso.)

CONDESA. ¿Eh?

SERAF. Eso me dijo.

CONDESA. ¿Cuándo?

SERAF. Esta tarde.

CONDESA. ¿Y ella qué sabe?

SERAF. Dijo que le había prometido ir...

CONDESA. Serían bromas suyas.

GENERALA. La marquesa da un baile mañana,

LAURA. Qué buena persona es la marquesa, ¿verdad?

CONDESA. Sí.

GENER. (¿Qué apostamos á que de esta hablan bien?)

SERAF. Tan amable.

LAURA. Tan fina...

GENERALA. Pero condesa, por Dios, ¿viene usted ó no viene? ¡*Oh c'est trop fort*! ¡Son las once!

GENER. Aquí está el Conde.

ESCENA IV.

DICHOS, EL CONDE.

CONDE. ¡Señoras!

GENERALA. ¿Conque no vienen ustedes ahí enfrente?

SERAF. Pero hombre, ¿es posible?...

LAURA. ¡Ande usted!

LAS TRES. ¡V. mos!

CONDE. ¡Pero si yo no me he opuesto! ¿No es verdad, María?

CONDESA. Tiene razón, he sido yo.

GENERALA. Estará todo Madrid.

SERAF. Estará brillantísimo.

LAURA. Va su prima de usted.

CONDE. ¿Cómo?

CONDESA. ¿Y qué tenemos con que vaya su prima?

LAURA. (¡Como se pica!)

SERAF. (Debe ser verdad.)

CONDE. Decididamente no vamos.

GENER. Hombre, venga esa mano, usted lo entiende.

GENERALA. ¡Qué lástima!

CONDE. El tiempo está frio. María no está buena estos días, y sobre todo, á ella no la gusta ir, y me basta con eso.

CONDESA. (Cuánto se lo agradezco.)

GENERALA. Vaya, vaya, vaya, es cosa averiguada que no están ustedes de humor. ¿Les pasa á ustedes algo?

CONDE y CONDESA. Nada.

GENERALA. Ande usted, Conde, habrá muchos hombres políticos.

GENER. Oye, ¿y por qué sabes tú eso?

GENERALA. Porque lo he oído.

GENER. (Conde, tengo que hablar con usted de un asunto... político.)

CONDE. Bueno.

SERAF. Conque, en marcha.

GENERALA. Vamos.

LAURA. ¿Quiere usted decirme si cáe bien el lazo de atrás?

CONDESA. Ven. (La arreg a el lazo. Idem á Serafina.)

SERAF. Y yo, ¿estoy bien?

CONDESA. Estáis encantadoras.

LAURA. Sí, mucho.

CONDESA. ¡Yo lo creo!

SERAF. Dáme el brazo, papá.

CONDESA. Vais á hacer muchas conquistas.

GENERAL. ¡No me lo hará usted bueno!

SERAF. El otro brazo para mí.

GENERALA. *¡Á demain, madame la contesse!*

CONDESA. *Au revoir, madame la marechale.*

SERAF. Faltará lo mejor no yendo usted.

CONDESA. ¡Bah!

SERAF. (Está estropeadísima.)

LAURA. (¡Está *imposible!*)

GENER. ¡Vamos á llevar el desengaño número ciento quince!

CONDESA. Vaya usted con Dios; General.

GENER. ¡Es una barbaridad lo que yo me divierto!

ESCENA V.

EL CONDE y la CONDESA.

LOS DOS. ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já!

CONDE. ¿Has visto?

CONDESA. ¡Qué tipos!

CONDE. Son el modelo de la presunción ridícula y de la vanidad humana.

CONDESA. Empeñados en gastar lo que no tienen y persuadidos de que tienen lo que gastan.

CONDE. ¡Qué afán de salirse de su esfera!

CONDESA. ¡Qué manía de levantar figura!

CONDE. No así él, que es un excelente sujeto, digno de mejor suerte!.. Me ha dicho que quiere hablarme de un

asunto político.

CONDESA. ¿Sí?

CONDE. Y díme, ciertos celos que yo he vislumbrado esta noche...

CONDESA. ¡Ah!

CONDE. ¿Pasaron?

CONDESA. ¿Y cómo no, si eres tan bueno?

CONDE. ¿Creías que tenía empeño en ir al baile?

CONDESA. Ya no creo nada.

CONDE. Pasaremos la velada aquí, solos.

CONDESA. ¡Oh sí!

CONDE. Jurándote yo que no hay nadie en el mundo que me encante más ni me haga la existencia más dichosa.

CONDESA. ¡Román!

CONDE. Te probaré que no has tenido razón para tener celos de nadie...

CONDESA ¿De veras?

CONDE. Y después de tomar el té me pondré á estudiar un discurso que pienso pronunciar mañana en el Congreso.

CONDESA. ¡Hola!

CONDE. ¡Y apropósito, Pedro

ESCENA VI.

DICHOS y el CRIADO.

PEDRO. Señor.

CONDE. ¿No han traido una carta para mí?

PEDRO. ¿Pues no se la he dado á vuecencia?

CONDE. No.

PEDRO. ¡Cuando entraba vuecencia en casa!

CONDE. No he salido .. (El criado se da una palmada en la frente y echa á correr.) ¡Eh! ¡Oye!

PEDRO. (Parándose en la puerta.) ¡Señor!

CONDE. ¿Dónde vas?

PEDRO. Es que en la oscuridad de la escalera he confundido á vuecencia con el señor general y se la he dado .. voy corriendo.

CONDESA. ¡Ah!... ¡Entonces!...

CONDE. ¿Qué?

CONDESA. Era un anónimo en que te denunciaban infidelidades mías.

CONDE. ¡Era para mí!

CONDESA. Sin duda.

CONDE. ¡Luego tú!

CONDESA. ¡Qué! (Con entereza.)

CONDE. ¿Dónde está?

CONDESA. ¡Lo he roto!

CONDE. ¡Ah!

CONDESA. ¡Qué! (Idem.)

CONDE. ¡Era para mí!

CONDESA. ¿Y qué?

CONDE. ¡Oh!

CONDESA. (Mirándole de arriba á abajo.) ¡Imbécil! (Se marcha.)

ESCENA VII.

EL CONDE.

¿Un anónimo?... Mi mujer... Si yo pudiera... (Comienza á agachaise y á recoger de diferentes lados de la escena los pedacitos de la carta que están esparcidos por el suelo. Debe revel r gran ansiedad, y recogerlos ya agachándose, ya arrodillándose, yendo de un lado para otro. El telón cae lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE.

Está uniendo los pedacitos de papel que recogió en el acto primero, procurando descifrar la carta.

Valiera... Valiera... Valiera .. aquí hay aun más, que debía estar al lado. Valiera más. Esto es indudable. Bien, luego la carta comenzaba diciendo »valiera más.» ¿Qué es lo que valiera más? Eso. En este otro pedacito dice imbécil y en este otro pedacito dice imbécil, y en este otro pedacito dice imbé... y falta la conclusión. Es decir, que hay tres imbéciles por lo menos. ¿Será que me llamen imbécil tres veces? Valiera más, imbécil, no, no debe ser eso. Aquí dice tiene, tiene, tiene... qué demonio si han hecho unos pedacitos microscópicos. ¡Qué desesperación! ¡Qué supliciol Hasta, y falta un pedacito donde debía estar la h, si eso es, porque asta sin h, no puede ser. ¡Oh! en cada pedacito de estos hay un pedazo de mi reputación, y yo no puedo dejar de dudar, y...

ESCENA II.

EL CONDE y la CONDESA.

CONDESA. Cierra aquella puerta, Román.

CONDE. (Va á cerrar la puerta del foro.)

CONDESA. Siéntate aquí, á mi lado.

CONDE. María...

CONDESA. Espera. Soy yo quien debe hablar, y abreviar razones...

CONDE. (¡Qué tono tan extraño!)

CONDESA. Por la primera vez desde que nos hemos casado, comienza á cernerse una nube en el horizonte de nuestra dicha. Por la primera vez ha llamado á las puertas de nuestra casa la discordia. Es preciso que la discordia pase la noche en casa, pero yo quiero que al amanecer vuelva á tender sus alas al espacio, y vaya á sembrar cizaña en otra parte. No hables, Román, no digas una sola palabra. No he comenzado todavía. (Pausa.) Cuando hace un momento adivinaste que el papel anónimo llegado á esta casa, era un aviso que traidor amigo te daba de la publicidad de tu deshonra, sin saber por qué, sin tener prueba alguna de lo que aquella oculta mano había escrito en desdoro mío, sentiste brotar en tu corazón duda horrible y devoradora y un secreto impulso te hizo fijar en mí la vista airada, porque la sombra de una sospecha te infundía en el alma desprecio de mi cariño. Dí la verdad, estás receloso.

CONDE. Yo...

CONDESA. Si no lo estuvieras, habrias recogido del suelo esos pedazos de papel para buscar en ellos el secreto de la maledicencia? Te he visto, Román, te he visto recogerlos, unirlos, sufrir horriblemente, y me he complacido en tu suplicio.

CONDE. ¡María!

CONDESA. Primeramente. solo me inspiró desprecio tu ademán airado. Después lo he pensado mejor y he comprendido que mi obligación es defenderme. Hablemos con sinceridad. Lo que sucede debía suceder. Si el mundo me calumnia, está en su derecho.

CONDE. ¿Qué quieres decir?

CONDESA. Yo me casé contigo para consagrarte mi vida, á tí solo. Vivía feliz en la soledad de mi casa, contigo y con mis hijos. Aquella era una vida de familia. Desde que tu

vanidad me ha lanzado en el mundo, me has dado una independencia forzosa que redunda en perjuicio tuyo. No era necesario á mi nombre el esplendor que quieren darle tus millones. Noble nací y honrada, y bastábale á mi ambición la tranquilidad de mi casa y la seguridad de tu santo cariño. Tú has querido deslumbrar á las gentes, brillar en el mundo. Nos hemos lanzado en el bullicio de la sociedad á derrochar la fortuna en frivolidades y hemos hecho tantos admiradores como envidiosos. Cuando vamos á un baile, tú no puedes estar toda la noche á mi lado, sopena de ponerte en ridículo por celoso. Tú has de ir á galantear á otras mujeres, porque esta es la costumbre, y porque no has de pasar por grosero. Yo he de oír elogios de todos los hombres, porque esto está admitido, y porque los hombres no están indiferentes á mi lado. Casada y con hijos, no puedo rehusar un wals al primer pollo que tiene el derecho de invitarme y mal que te pese, he de ser abrazada por mi pareja... lo sientes? ¿Te incomoda? ¿Sientes celos ahora? ¡Ya era tiempo! Yo nunca creí que otros brazos más que los tuyos rodearan mi talle, pero hay que vivir en la sociedad, tú lo has querido, y paso por ello.

CONDE. María, ese lenguaje, que nunca te he oído...

CONDESA. Deja, deja, que no he acabado. Vivimos en Madrid, y como suele decirse, estamos en juego. Tú tienes un faetón, yo tengo un landó. Tú sales con tus amigos, yo con mis amigas ó sola. Aquí donde la mujer casada no es respetable para el hombre soltero, sucede que una tarde se le antoja á un desconocido caballero ir al estribo de mi coche, dando el espectáculo de que me da galante escolta. Ayer me ha sucedido. El primer dia, las gentes lo observan, pero me hacen la justicia de creer que no levanto la vista para mirarle, al segundo día creen que no le miro, pero sigue escoltándome, y calculan que no me sigue á tontas y á locas; al tercer día, ya dan por cierto que me sigue porque debe seguirme, y aunque yo no le mire, será

porque el mundo no diga; al cuarto dia ya hay quien va á paseo solo por el gusto de ver tal descaro, y no se acaba la semana sin que la perversidad de aquel hombre y la malicia de todo el mundo declaren el escándalo y propalen tu daño; pero el mundo es así, tú haces tu vida, yo hago la mia, estamos en juego, y siga la broma.

CONDE. ¡Me estás insultando!

CONDESA. Te estoy probando la sinrazón con que te quejas. Pocas mujeres te hablarían así. Tengo la ventaja de no necesitar del mundo exterior para ser dichosa, y hay una voz interior que me dice que no deben ser muy felices en su casa aquellas personas que necesitan divertirse fuera de ella día y noche. ¡Ah señor conde! Usted cree que no se puede ser hombre importante sin arruinarse en fútiles devaneos. Usted cree que la felicidad conyugal puede ser duradera haciendo vida aparte y campando cada cual por su respeto. y usted no ha contado con que no bastan la fidelidad y el cariño mútuo si la estimación de las gentes no consolida nuestra dicha: vivimos en un país empedrado de calumnias y solamente unidos podremos combatir á la maledicencia, que hace de una mirada un crímen y de una sonrisa un proceso! ¿Qué dice el anónimo? Que á tu mujer la galantea un hombre político? Es cierto.

CONDE. ¡María!

CONDESA. Es cierto, digo.

CONDE. ¡Quién es! ¡Su nombre!

CONDESA. No hay ni uno solo de tus amigos que haya dejado de hacerme el amor; ni uno solo.

CONDE. ¡Pero ese!

CONDESA. No sé quién es. Anteayer estuvimos en el baile de la embajada francesa. Allí había hombres de todos los partidos. Como de costumbre, me dijeron todo género de requiebros. Hubo alguno que habló conmigo cerca de una hora. Si como es frecuente, me murmuraron los que lo vieron, no faltará quién diga que ese hombre ú otro parecido, está en inteligencia conmigo.

CONDE. ¿Pero tú pretendes que nos aislemos? Tú olvidas nuestro nombre, nuestra posicion, mis ideas políticas. Yo no puedo vivir como un artesano. Además, yo abrigo la opinión de que no hay mujer calumniada sin motivo.

CONDESA. ¡Ay! ¡Si ustedes no fueran rencorosos! ¡Cuántas veces una pobre mujer, tachada de infiel y de perjura no cometió más falta que despreciar al miserable que luego pregona su deshonra! Yo las conozco á miles, pasan por malas, el mundo las condena. ¿Qué han hecho? Desoir á un libertino, despedir á un nécio. Yo las defiendo aquí víctimas de la chismografía y de la envidia. Bástale á la virtud su propia estimación. ¡Qué me importan á mí tus dudas y las del mundo entero, si yo vivo segura de mí misma!

CONDE. En resúmen, yo estoy en evidencia.

CONDESA. ¿Lo crées?

CONDE. Ese papel se ha escrito bajo la impresión de lo que el mundo dice. Su objeto es revelarme...

CONDESA. Su objeto es comenzar nuestra desdicha. ¿No comprendes que nosotros no hemos dado aun que hablar y que pasamos por felices? ¿No comprendes que la felicidad ajena siempre incomoda? ¿No comprendes, en fin, que ese anónimo es prueba evidente de que yo he despreciado á tal hombre? Aquél que no tiene valor para arrancarte tu mujer cara á cara, te roba la confianza en ella por la espalda. Román, tienes poco talento. Eso salta á la vista.

CONDE. ¿Y qué vamos á hacer? ¿Volvernos á Jeréz á la vida del campo?

CONDESA. ¡Oh, descansada vida!

CONDE. ¿Encerrarnos en casa y no ver á nadie? Y digo, ahora que mis enemigos comienzan á propalar que estoy arruinado!

CONDESA. ¿Quieres desengañarles arruinándote por completo?

CONDE. Yo no tengo valor para declarar mis pérdidas.

CONDESA. Yo no tengo valor para verte arruinado.

CONDE. Yo no puedo prescindir de la sociedad.

CONDESA. Yo no puedo prescindir de la familia.
CONDE. Yo no quiero hacer reir.
CONDESA. Yo no quiero verte llorar
CONDE. Yo necesito al mundo en que vivo.
CONDESA. Yo no necesito más mundo que mi casa
CONDE. Yo no soy un cualquiera.
CONDESA. Yo no soy una loca.
CONDE. Yo soy Conde y hombre político.
CONDESA. ¡Yo soy esposa y madre!
CONDE. ¡Yo me debo á mi país!
CONDESA. ¡Yo me debo á mis hijos! (Pausa.)
CONDE. ¿Tus... hijos? ¿Es decir, nuestros hijos?
CONDESA. Nuestros hijos, que esta noche tienen la fortuna de tener á sus padres en casa.
CONDE. Sí; y en realidad hemos debido pasar ahí enfrente.
CONDESA. ¿Para ver á tu prima?
CONDE. ¡Oh! ¿Te da cuidado?
CONDESA. Como á tí el anónimo.
CONDE. ¡Condenados pedacitos!
CONDESA. Quisiera yo también ver á tu prima en el suelo.
CONDE. ¿Para qué?
CONDESA. Para... para recoger los pedacitos...
CONDE. ¡Ah! ¡Cruel!
CONDESA. No pienses en eso. ¿Vamos á ver á los herederos?
CONDE. De fijo que en el baile nos est n murmurando.
CONDESA. Anda, ven. (Abrazándole y llevándole tras sí.)
CONDE. Creerán que estoy con la desesperación de la cosecha perdida.
CONDESA. Ven; vamos á decirles á esos jovencitos cuanto ha perdido cada uno de su hijuela desde que nosotros nos divertimos tanto.

ESCENA III.

EL GENERAL, cubierto de nieve, SERAFINA y LAURA.

GENER. ¡Bonita noche! ¡Malditos sean los bailes, y el que los inventó, que debió ser algún zapatero! ¿Apostais algo

á que no están, ó á que están durmiendo?

LAURA. No puede ser.

SERAF. Llame usted.

GENER. ¡Conde!

CONDE. (Dentro.) Pase usted.

GENER. Esperaos aquí.

ESCENA IV.

SERAFINA y LAURA.

LAURA. Por supuesto que papá se ha empeñado en venir á buscarlos y lo que es por eso no evita la chismografía.

SERAF. ¡Pues bonita es la gente! Y yo creo que tienen razón.

LAURA. ¿Qué decían?

SERAF. ¡Uff! ¡Horrores!

LAURA. Sí, ¿eh?

SERAF. ¡Uf! Que no iban porque estaban reñidos, ¡Jí! ¡Jí! ¡Jí!

LAURA. ¿Y qué más? ¿Qué más?

SERAF. Que no iban porque el conde se habia arruinado ayer en la Bolsa. ¡Jí! ¡jí! ¡jí! ¡jí!

LAURA. También oí que se van á separar.

SERAF. ¿De verás?

LAURA. Como que se separarán.

SERAF. ¿Crees tú?

LAURA. ¿Pues qué duda tiene? ¡Si la condesa no tiene encanto ninguno! ¡Qué bien le está al títere ese! Vamos, si cuando pienso que yo me debí casar con él!...

SERAF. Mira, sobre eso habría mucho que hablar, porque él venia á casa, pero nunca averigüamos por quién.

LAURA. Mira, hija, tú tienes muchas pretensiones, ¿sabes?

SERAF. ¿Y quién era aquél que bailaba contigo?

LAURA. El marido de Luisa.

SERAF. ¡Ah!

LAURA. ¡Vaya!

SERAF. ¿Y cómo es que bailasteis?

LAURA Porque como yo sé que á su mujer se la llevan los demonios de que baile con nadie... ¡Jí! ¡Jí! ¡Jí!

SERAF. ¡Y es verdad que rabia mucho!

LAURA. ¡Muchísimo!

SERAF. Ya la oí yo que se estaba lamentando con las de Sánchez.

LAURA. ¿Si eh? ¿Qué decía, qué decía?

SERAF. Dice: ¡ya está bailando Pepe con esa mona!

LAURA. Mujer, me alegro de saberlo, porque en volviendo, me vuelvo á colgar de su brazo...

SERAF. ¡Lo que es papá nos divierte!

LAURA. ¡Es lo más pesado!

SERAF. Yo que estaba hablando con un muchacho de húsares que me había presentado Jacinta.

LAURA. Ya lo ví.

SERAF. Un chico tan guapo.

LAURA. ¿Guapo?

SERAF. Y ya lo tenía yo medio *atrapé*.

LAURA. ¡Pues si es tan feo!

SERAF. ¡Es claro! ¡En no dirigiéndose á tí todos son feos!

LAURA. Chica, en esta casa pasa algo.

SERAF. Papá no sale.

LAURA. ¿Si habrá marimorena?

SERAF. ¡Ay qué gusto me daría que se hubieran tirado los trastos á la cabeza!

LAURA. Yo te lo confieso, no la puedo ver.

SERAF. Ni yo.

LAURA. Siempre tan peripuesta, enseñando los dientes porque los tiene bonitos.

SERAF. Tan persuadida de que es guapa.

LAURA. Y á mí no me gusta.

SERAF. Se ha desmejorado.

LAURA. ¡Reñirán!

SERAF. ¿Pstt?

LAURA. ¿Qué te parece á ti, reñirán?

SERAF. Ay hija, yo estoy abrasada. ¡Se me va á ir el húsar!

LAURA. ¡Jesús, qué fastidio!

ESCENA V.

SERAFINA, LAURA, el GENERAL y el CONDE.

GENER. Bueno, bueno, como usted quiera.
CONDE. Señoritas...
LAURA. ¿Viene usted?
CONDE. No.
SERAF. ¿Ves? ¿Y para eso nos has hecho venir?
CONDE. Yo lo siento mucho.
GENER. Yo he venido porque se ha empeñado mi mujer, porque como yo soy un calzonazos!
CONDE. Ya he decidido consagrar la noche á los niños.
LAURA. (¡Sí, como son tan hermosos!)
SERAF. (¡Qué monada!)
GENER. Comprenda usted que yo no entro ni salgo. Traigo el recado, y me vuelvo.
CONDE. Por Dios, general.
GENER. Ya volveré á última hora: tengo que hablarle á usted de un asunto político.
LAURA. ¿Nos vamos?
SERAF. ¿Como está la condesa?
CONDE. Está un poco mala.
LAURA. (Nada, se han agarrado.)
SERAF. (¿Lo diremos, eh?)
GENER. Vamos, niña.
LAURA. Vamos.
GENER. ¡Y mi mujer toda la noche con un caballero con unas trazas de... lo que yo me sé!
LAURA. ¡Que se alivie!
SERAF. Que no haya novedad.
LAURA. Aquí pasa algo grave.
SERAF. (Haremos que corra.)

ESCENA VI.

EL CONDE y la CONDESA.

CONDE. ¡Tiene razón el General, ha sido una torpeza... María!

CONDESA. (Saliendo.) ¿Qué?

CONDE. Aun es tiempo; vístete y vamos.

CONDESA. ¿Adónde?

CONDE. Ahí enfrente.

CONDESA. ¡Ay, amiguito, como te se conoce que haces política!

CONDE. ¿Por qué?

CONDESA. Porque cambias de opinión fácilmente.

CONDE. Será lo que quieras, pero ya has oído al General. Su mujer le envía á convencernos de que debemos ir. No se habla de otra cosa que de nuestra ausencia.

CONDESA. Siempre se habla de los ausentes y siempre en su daño.

CONDE. Dicen que no vamos porque he perdido mi fortuna.

CONDESA. Cerca le andas.

CONDE. ¡Se sabe que ayer perdí en la Bolsa!

CONDESA. ¿Y por qué jugaste?

CONDE. Hay que engañar al mundo, María, vístete y vamos.

CONDESA. ¡Si hemos dicho que no!

CONDE. Lo hemos dicho porque no está bien que yo le contradiga delante de nadie, pero ahora diremos que ya estás bien, cualquier cosa... María, yo te lo suplico, tú no comprendes lo que es la opinión pública, tú no sabes lo vergonzoso que es para un hombre como yo comenzar á descender visiblemente, no ignoras lo delicado de mi posición, en el momento en que las gentes digan que estoy arruinado no habrá para mi prosperidad posible; tú no sabes, hija mía, que ciertas gentes disimulan todas las faltas... menos la falta de dinero!

CONDESA. ¡Oh! ¡Qué horrible teoría!

CONDE. Yo... tengo deudas, pero tengo crédito; yo no tengo lo que gasto, pero gasto y deslumbro, y gano tiempo á ver si con el tiempo recupero lo perdido; por eso me he lanzado á la política, á la banca, á los negocios,

por eso no puedo ya prescindir de mis relaciones, del gran mundo... la menor economía me desacreditaría en seguida, tú lo ves; hace dos noches que no salimos y ya se murmura; los mismos amigos que vienen á avisarnos creen que aquí dentro pasa algo grave, vamos, hija mía, vamos, que es muy tarde, una vuelta nada más. entraremos riendo, saludaremos á todo el mundo y nos volveremos enseguida, pero que nos vean contentos y que nos crean muy dichosos!

CONDESA. ¡Y a esto llamas vivir! Conque es fuerza que yo sea cómplice de la hipocresía que nos mata? ¿Conque es preciso que yo contribuya á tu ruina? ¡No, Román, yo no salgo esta noche, yo no salgo ya nunca!

CONDE. ¡María!... (Suplicante.)

CONDESA. Yo quiero vivir de la verdad y no de la mentira.

CONDE. María... (Id)

CONDESA. Yo no tendría valor para decirle al mundo «soy criminal,» pero me sobra franqueza para decirle que soy pobre!

CONDE. Por caridad...

CONDESA. Por caridad no habrá quien te ayude el día que esté arruinado.

CONDE. ¡Que son ya las doce!...

CONDESA. No.

CONDE. Mira que la cosa es más grave de lo que parece.

CONDESA. Estás ébrio de vanidad; duerme y olvida.

CONDE. ¡Mira, María, que hay quien supone que no vamos al baile, porque estamos reñidos!

CONDESA. ¿Quien hay que tal dice? Rapidez hasta el final.)

CONDE. El más leal amigo.

CONDESA. ¿El General?

CONDE. Sí.

CONDESA. ¡Dice eso! ¡Ah, miserable!

CONDE. Se habla de unos amores que yo he sorprendido...

CONDESA. ¡Infamia!

CONDE. El anónimo tenía su causa...

CONDESA. ¿Luego me suponen culpable?

CONDE. ¡Dicen que estamos ocultando nuestras disensiones

domésticas!

CONDESA. (Va precipitadamente á tirar del cordón de la campanilla, que debe producir gran estrépito. La Condesa grita desesperadamente.) ¡¡Victorinaa!! (Acude al punto la doncella.) ¡Un vestido de baile, el mejor; el más deslumbrador, el más rico! (Al Conde.) ¡Mis brillantes, mis joyas! ¡Vámonos al baile! ¡Quiero entrar cogida de tu brazo, quiero recorrer los salones con alta cara y ademán insultante, quiero que el General me diga quién es, quiénes son esos caractéres severos que se atreven á juzgar mi conducta privada y á lastimar mi honra, quiero averigüarlo esta misma noche, y allí mismo, en el baile, yo, la Condesa, voy á defender tu nombre y el mío y á denunciar á los salteadores de la paz doméstica!

CONDE. (Besándole la mano.) ¡Vida de mi vida! ¡Bendita seas!

CONDESA. ¡Vístete enseguida! Yo salgo al momento; pero advierte, Román, que yo también tengo mis inquietudes, y que si tu prima la Marquesa del Valle repite esta noche sus sangrientas burlas y hace alardes de intimidad para martirizarme á mansalva...

CONDE. Te juro...

CONDESA. ¡Yo no puedo ni debo dar un escándalo; en sociedad hay que pasar por estas cosas; pero mañana hablarán las gentes de una separación eterna!

CONDE. María, eres injusta.

CONDESA. Tengo celos.

CONDE. La Marquesa del Valle...

CONDESA. ¡Oh! ¡La aborrezco!

CONDE. Crees que yo...

CONDESA. ¡La detesto... con toda mi alma!

ESCENA VII.

DICHOS, UN CRIADO, después la MARQUESA.

CRIADO. (Anunciando.) La señora Marquesa del Valle.

CONDE. ¡Ah, por Dios!... (Entra la Marquesa.)

CONDESA. ¡Oh, querida prima, usted por aquí, qué agradable

sorpresa. (Besándola.)

MARQ. ¿Están ustedes malos?

CONDESA. ¡No! Estábamos preparándonos para el baile. De usted hablábamos, ¿verdad Román? Pensábamos en ir á buscarla, yo me visto enseguida... ¡Está usted preciosa! Ahora salgo, ahora salgo... iremos juntas... pasaremos la noche, ha hecho usted muy bien en venir, me ha hecho usted completísimamente feliz con esta sorpresa! (¡Ay mundo, mundo, mundo!)

ESCENA VIII.

EL CONDE y la MARQUESA. El Conde se pasea por la escena.

MARQ. ¿Pero qué os pasa? ¿Estais de monos? ¿Qué manía os ha dado hace unos días de no presentaros en público? Estas deben ser tonteras de tu mujer, ¿eh? Yo he dado una vuelta por el salón y me he marchado, porque tengo que ir también á casa de los de Armengol, que dan comedia esta noche. ¿No vais?

CONDE. No.

MARQ. Yo iré un ratito, y luego volveré otra vez ahí, si vais vosotros. ¿Cómo no me has enviado hoy camélias?

CONDE. ¿Quieres callar?

MARQ. Pues hombre, ¿qué tiene de particular? ¿Se enfada esa porque me regales camélias?

CONDE. No le gusta, y no hay para qué disgustarla. Te las envío cuando me las pides, claro es que no tiene nada de particular.

MARQ. Nada de parti...

CONDE. ¡Habla bajo!

MARQ. (Muy bajo.) Nada de particular.

CONDE. (Id.) Nada de particular.

MARQ. ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Chico, esta casa es una diversión! ¿Sabes que debes estar muy divertido?

CONDE. Sí.

MARQ. Pareces un león en una jaula.

CONDE. ¿Qué estás diciendo?

MARQ. Con esos paseos... (El Conde se detiene y se queda parado á un lado. La Marquesa debe estar al lado opuesto.) Pues mira, no me envies más camélias, ¿oyes? Las tuyas son de amigo; pero tengo otras... hace ocho días... ¡Oh, lo qué es estas!... (Quitándose una que trae en el pecho.)

CONDE. Me alegro mucho.

MARQ. ¡Oh, estás! .. si tú supieras la historia de esta flor. (Se abre precipitadamente y con ruído la puerta por donde entró la Condesa, y asoma ésta la cabeza.)

CONDESA. ¿No vas á vestirte, Román?

CONDE. Es verdad. Vuelvo. (Se va precipitadamente, pasando por delante de la Marquesa con la cabeza baja. La Condesa vuelve á retirarse. La Marquesa prorumpe en una estrepitosa carcajada. Enseguida va á sentarse al velador.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA.

¡Pobrecilla! Se le habrá figurado qne me estaba enamorando su marido, como si yo necesitara de las galanterías del primito... ¡No parece sino que no hay más que Romanes en el mundo!... ¡Já, já, já! Esta infeliz vive siempre alarmada... yo no sé por qué ha salido de pueblo... allí estaba mejor con sus gallinitas y sus pichones... en aquel caserón que parece un castillo encantado... cuando me acuerdo de los ocho días que pasé allí, cogiendo manzanas de los árboles y rezando e lrosario en familia al anochecer, con la abuela que llevaba la voz cantante... a las diez y media á la cama... ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Es claro, ahora los dedos le parecen huéspedes... y en cambio, todo se le vuelve enseñarnos sus trajes y sus joyas... y ponerse en moda... dicen que está en moda... pst! ¡También lo están los moños altos! ¡Cuidado con la provincianita, y qué ruído ha traído... como es de Jerez... se les ha subido á la cabeza!... ¿Pues... cuidadito, prima, cuidadito... cuidadito... mucho cuidadito!

ESCENA X.

LA MARQUESA, la GENERALA, LAURA y SERAFINA.

GENERALA. Es preciso llevarla... Adios, Marquesa.

MARQ. ¡Oh, señoras!

GENERALA. ¿No está la Condesa?

SERAF. Pues señor, la diversión de esta noche consiste en venir á esta casa.

LAURA. ¡Ay qué fastidio!

SERAF. ¿Y la Condesa?

MARQ. Vistiéndose.

SERAF. ¡Por fin!

MARQ. Por fin parece que se ha decidido.

GENERALA. ¡Cuánto me alegro! Me está haciendo sufrir lo que no es decible esta noche. ¡Qué gente tan mala! ¡Qué lenguas! Á mí como no me gusta murmurar de nadie... (¡Qué vestido tan cursi trae esta señora!) (Mirando á la Marquesa.)

SERAF. Dos conquistas y pico he perdido esta noche con el ir y venir.

LAURA. Diga usted, Marquesa, conoce usted á un diputado...

MARQ. No.

LAURA. y SERAF. ¿Eh? (Mirándose una á otra.)

MARQ. Digo... yo no tengo amigos políticos.

LAURA. Sim embargo, conoce usted á Dorval.

MARQ. ¡Ah! Sí. ¿Por qué?

LAURA. Porque como es el héroe de la noche...

MARQ. ¿Él?

LAURA. Dicen... ¿no sabe usted?... (Se hablan al oído.)

MARQ. (¡Ah!)

LAURA. Por eso venimos...

MARQ. (Mejor. Mejor. ¡Qué niño es el mundo!)

GENERALA. ¿Se puede? (Llamando al cuarto de la Condesa.)

CONDESA. Ya estoy. (Sale elegantísimamente vestida de baile.)

ESCENA XI.

DICHAS y la CONDESA.

Las cuatro la rodean queriendo hablar todas á un tiempo.

GENERALA. ¡Magnífico!
LAURA. ¡Deslumbrador!
SERAF. ¡Está usted divina!
MARQ. ¡Divina!
GENERALA. ¡No hay otra!
LAURA. ¡No, no la hay!
CONDESA. ¡Por Dios!
MARQ. (¡Pero Dios mío, qué hermosa es esta condenada!)
LAURA. (¡Qué traje, chica!)
SERAF. (¡Y pensar que todo eso debía ser mío!)
CONDESA. ¿Y Román?
CONDE. Aquí está.
MARQ. (¡Le cuelgan el milagro... Estoy salvada!)

ESCENA XII.

DICHAS y el CONDE de frac.

CONDESA. Señor Conde...
CONDE. Señora Condesa... (Admirándola.) Ustedes no llevarán á mal que le dé un abrazo á mi mujer.
CONDESA. ¡Román! (Se abrazan.)
LAS TRES. ¡Oh! (Serafina y Laura cierran los ojos.)
GENERALA. (¡Cuando recuerdo los almuerzos y chocolates que le he dado á este chico en Pamplona! ¡Estas hijas mias son tontas!)
CONDE. No habrá otra más hermosa que tú.
MARQ. (Las demás debemos estar muy satisfechas.)

ESCENA XIII.

DICHOS y el GENERAL.

GENER. Vamos, del mal el ménos.

GENERALA. ¿Qué pasa?

GENER. ¡Que creí que te habías perdido! Hola, al fin vienen ustedes, me alegro, es la hora mejor. Los salones están llenos, llegan ustedes á tiempo. Yo he hecho todo lo que he podido, se han empeñado en no dejarles á ustedes hueso sano!

CONDE y CONDESA. ¿De veras?

GENER. Madrid es así; le da por poner en moda á una persona y la pone en las nubes, le da por hundirla y la hunde aunque haga milagros, y yo como soy muy amigo de mis amigos!...

CONDE. ¿Luego se nos murmura?

SERAF. No haga usted caso.

LAURA. La gente es muy mala.

MARQ. Y sobre todo en no oyéndolo... á mí eso me tiene sin cuidado.

CONDESA. Á mí no.

MARQ. Eso va en temperamentos.

CONDESA. El mío es delicadísimo, prima.

CONDE. Y sobre todo, con probar á las gentes que yo amo á mi mujer sobre todas las cosas...

GENER. Eso, eso.

MARQ. (¿Para qué nos contará eso á nosotros?)

SERAF. (¡Qué mala educación!...)

GENER. Luego, como esta noche ha habido eso de los periódicos...

CONDE. ¿Qué?

CONDESA. ¿Qué?

LAURA. ¿Qué?

SERAF. ¿Qué? (Gran curiosidad en todas.)

GENER. Nada, que dicen que ya no da usted el baile anunciado.

LAURA. ¿No da usted el baile?

SERAF. ¿Por qué?

CONDE. Lo doy.

CONDESA. No lo dá.

CONDE. Sí.

CONDESA. No.

GENER. Hay quien cree que es por lo de Jeréz...

CONDESA. ¿Pues qué pasa?

GENERALA. Como dicen que se le han quemado á usted diez casas...

CONDE. ¿También en los periódicos?

CONDESA. ¡Pero si es verdad!

CONDE. ¡Maldición!

GENER. Y luego...

LAURA. ¿Qué?

SERAF. ¿Qué?

MARQ. ¿Otra noticia?

SERAF. ¿Otra novedad?

GENERALA. ¿Otra?

CONDESA. ¿Qué?

CONDE. ¡Hable usted!

GENER. ¡Pues... que dicen... que hablan... en fin... aquello!

SERAF. ¿Y qué es aquello?

MARQ. Sepamos.

SERAF. No haga usted caso.

LAURA. (¡Cómo sufre!)

CONDE. ¡General!

CONDESA. ¡Oh! ¡General, hablemos muy claro! (Cogiéndole la mano.) Entre mi marido y yo no hay secretos. ¡Lo sabe todo!

GENER. (¡¡Uf!!)

SERAF. (¡Qué descaro!)

LAURA. (¡Confiesa!)

SERAF. ¡Qué escándalo!

CONDESA. Lo sabe todo: lo sé yo también, en esta casa no hay ocultaciones, sabemos los dos lo del anónimo.

GENERALA. (¡Ah!)

GENER. (¡Señora, por Dios! ¡me va usted á poner en evidencia!)

CONDESA. ¡Déjeme usted!

GENER. (¡Por Dios! ¡Delante de mis hijas!)

CONDESA. Hay quien se divierte en revelar faltas conyugales....

GENER. (¡Condesa! ¡Juicio!)

LAURA. ¡Qué indignidad!

SERAF. ¡Qué almas!

CONDESA. ¡Se habla de un amante! ¡Pues bien, es preciso averiguar quién es ese amante!

GENER. ¡Es claro!

GENERALA. (¡Y ella hace coro!)

CONDESA. Señoras, hay empeño en robar la paz de una familia, ¿ustedes no lo saben?

MARQ. Lo suponemos.

GENER. ¡Condesa!

CONDESA. ¿Conoce alguien de ustedes al pretendido amante?

SERAF. Yo he oído algo.

GENER. (¡Mi hija lo sabe!)

CONDESA. ¡Vamos, Román, vamos!

CONDE. (¡La prensa! ¡El público!)

LAURA. ¡Que rabie!

MARQ. ¡Dame el brazo, primo! (Se coge del brazo del Conde.)

CONDESA. ¡¡Oh!! (La generala y las niñas se marchan.)

GENER. Venga usted conmigo, señora. (Á la Condesa.)

CONDESA. ¡Déjeme usted! (Ya están todos en la puerta del foro.)

LAURA. ¡Que rabie!

GENERALA. ¡Escándalo gordo! (Se van todos.)

CONDESA. ¡Oh, baile maldito, diversión odiosa! Yo no quiero, yo no puedo salir! ¡Yo quiero quedarme aquí y llorar sola y lejos del mundo! (Dejándose caer en una butaca.)

GENER. (Vuelve á salir y dice bajando al proscenio.) ¿Pero señora, viene usted al baile?

CONDESA. (Desesperadamente.) ¡Ay, sí, vamos, General, vamos... á divertirnos! (Se va llorando y apoyada en el brazo del General.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, está paseando á lo largo del cuarto.

Yo me tengo la culpa .. no puedo quejarme de nadie... si no hubiera salido... pero bien mirado yo no puedo prescindir... ¡qué sé yo! Cuanto más discurro, menos acierto con una solución... la verdad es que. la verdad es que... no sé que es la verdad.. no sé, no sé, quisiera desaparecer en un instante de Madrid, de España, sin que nadie lo notara, sin que se acordára de mí! Pero esto es imposible... si me aislo por completo desde hoy, si no... ¡ay de mí! (Sentándose.) No he pegado los ojos en toda la noche.

ESCENA II.

EL CONDE, el CRIADO, trae varias tarjetas en una bandeja.

CRIADO. Señor.

CONDE. ¿Qué es eso? Dame. Tarjetas, ¡Jé! ¡Jé! ¡Jé! (Risa irónica, amarga.) ¡Es claro! Ahora vendrán muchas tarjetas... este es el complemento del escándalo... todo el mundo se interesará por la salud de mi mujer... ¿Qué haces ahí?

CRIADO. Esperaba que vuecencia acabase de leer para decirle que está el almuerzo.

CONDE. Bien; avisa á la señora.

CRIADO. La señora no sale al comedor.

CONDE. ¿Se ha levantado?

CRIADO. No señor.

CONDE. Yo no almuerzo tampoco. (Levantándose y arrojando con rabia las tarjetas al suelo.) No recibo hoy á nadie.

CRIADO. Está bien.

CONDE. ¡Á nadie!

ESCENA III.

EL CRIADO y la MARQUESA.

MARQ. ¿Se han levantado los señores?

CRIADO. No señora.

MARQ. Diga usted á la señora que estoy aquí.

CRIADO. La señora Condesa está enferma.

MARQ. Pues por eso mismo. (El Criado va á la puerta del foro y hace una seña. Entra la doncella El Criado le habla. La doncella va al cuarto de la Condesa. Entretanto la Marquesa recorre la escena tarareando un wals.)

MARQ. Pedro.

CRIADO. Señora Marquesa.

MARQ. ¿Sabe usted de un cochero?

CRIADO. Si la señora Marquesa puede esperar, mi cuñado va á quedar desacomodado.

MARQ. Bueno. Le tomo. ¿Conque la señora está en cama?

CRIADO. Creo que se va á levantar.

MARQ. ¿Pero en fin, no está buena?

CRIADO. No señora.

MARQ. ¿Dígale usted á su cuñado que se presente á mi administrador cuando quiera, eh?

CRIADO. Muy bien.

MARQ. ¿Y diga usted, es cosa de cuidado lo de la señora?

CRIADO. El señor Conde mizo llamar al médico en cuanto volvieron del baile.

MARQ. ¿Vino mala, eh?

CRIADO. Si señora. Venía muy sofocada, y como este aire de Madrid es tan malo, puede que...

MARQ. Sí, eso debe de ser. Corre un airecito...

CRIADO. Hay muchas pulmonías.

MARQ. ¡Ya lo creo! Vaya usted con Dios, Pedro, vaya usted con Dios.

CRIADO. (Me parece á mí que esta...)

ESCENA IV.

LA MARQUESA.

¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já! (La actriz debe reirse un largo rata malicisamente y como si meditára algo que pudiera ser una venganza. Es una risa irónica, amenazadora, gradual, creciente.) ¡Vanidosa! ¡Nécia! Se le figura que tiene el derecho de insultarnos con su cara bonita y con sus brillantes... Con qué tino eligió la hora de mas concurrencia para entrar dándose tono, como diciendo: uff! allá voy yo! Y como los hombres son tontos, enseguida la rodearon... han dado en decir que es la mujer mas hermosa de Madrid... ¡yo no sé dónde tienen los ojos!... y su marido... qu égrosero... parecía natural que habiéndome dado el brazo, aqui entrára comigo. . digo, esta es la costumbre entre personas bien educadas... y el muy trasto me deja á la puerta y entra con ella... es claro! ¡Le tiene miedo! Yo que ella le llevaría con un cordón como un perro ratonero... ¡Uum! ¡qué matrimonio tan pegajoso! Por supuesto que desnués de lo que pasó anoche se tienen que marchar de Madrid... ¡Ay primita, de qué buena gana te pagaba el viaje!

ESCENA V.

LA MARQUESA, LA GENERALA, LAURA Y SERAFINA, vienen las tres con devocionarios y mantos.

LAS TRES. ¡Muy buenos dias!

MARQ. ¡Oh señoras! (Se besan.)

GENERALA. ¿Cómo están?

MARQ. No sé.

GENERALA. Nosotras íbamos á misa á san Sebastian y hemos querido subir á ver como han pasado la noche...

SERAF. No hemos dormido nada.

LAURA. ¡Claro! como es domingo y habiamos de salir temprano... ¡Eran las cuatro cuando salimos del baile, ay hija mia, trae una una vida con los bailes dichosos!

MARQ. ¿Y el General?

GENERALA. Bueno, gracias.

MARQ. ¿Se divirtieron ustedes?

LAURA. Yo mucho.

SERAF. ¡Estuvo brillante!

MARQ. Ya las ví á ustedes muy codiciadas.

LAURA. ¡Cá!

MARQ. Vamos, que el artillerito...

LAURA. (¡Envidiosa!)

MARQ. Y usted tambien...

GENERALA. ¿Y qué me dice usted de la vizcondesa del Roble?...

LAURA. ¡Qué tipo!

SERAF. ¡Qué vestido! Parecía un lagarto.

GENERALA. Y toda la noche con aquel caballero...

LAURA. ¡Yo no sé como son!

SERAF. ¿Pues y la Zolfe?

LAURA. ¡Con los ojos pintados, y mirando á dos vientos!

GENERALA ¿Y su vecina?

SERAF. ¡Y la del brigadier con unos bracitos así! (Marcando.)

LAURA. ¿Pues y Luisa?

GENERALA ¿Y Rosalía?

LAURA. ¿Y Antonia?

GENERALA. ¿Y su mamá?

SERAF. ¿Y su tia?

LAURA. ¿Y su prima?

LASTRES. ¡Y todas... mujer, todas, todas, todas!

MARQ. (Yo no he visto cosa por el estilo.)

GENERALA. ¡Mire usted, y á mí lo que mas me disgusta es lo murmuradoras que son, señora!

LAURA. ¡No dejan vivir á nadie!

GENERALA. Á esta pobre Condesa la van á matar á disgustos.

MARQ. Eso digo yo.

GENERALA. Y es tan buena...

MARQ. (Otra te queda.) ¿Tan buena, verdad?

GENERALA. (No lo crees tú así.) ¡Ya lo creo! ¿No se la puede ver?

MARQ. La he pasado recado...

LAURA. Porque si tarda, la veríamos á la vuelta.

MARQ. Creo que está mal...

GENERALA. ¡Ah! ¿si?

LAURA. ¡Es natural!

SERAF. (¡El berrinche!) ¿Qué tiene?

LAURA. El disgusto...

MARQ. (Veamos.) ¿Pero qué ha sido? Porque yo no estaba en el salon cuando ocurrió...

SERAF. ¿Ah, pero usted no sabe? (Hablan todas casi á un tiempo.)

LAURA. ¿No lo sabe usted?

GENERALA ¿Pero no lo sabe usted?

SERAF. ¿Pero de veras?

LAURA. Pues verá usted.

SERAF. Sucedió que...

GENERALA. Yo se lo contaré á usted.

LAURA. Una cosa horrible.

SERAF. Ella quiso...

GENERALA. Verá usted...

SERAF. Yo le diré...

MARQ. Hijas, por Dios, lo que es así no puedo...

GENERALA. Callarse, niñas, callarse, por Dios, que yo le contaré á esta señora...

MARQ. No sé más que en globo...

GENERALA. Pues verá usted... Ella ya salió de aquí muy alterada...

MARQ. Sí, lo ví.

GENERALA. Porque indudablemente ellos habían tenido algún disgusto.

SERAF. De seguro.

LAURA. ¡Uf! Ya lo creo.

GENERALA. ¡Callad! Aquí había pasado algo, eso á mí no se me

escapó, porque yo estas cosas las pesco enseguida. Bueno; el cuento es que el Conde estaría celoso, ó que algún imprudente, que siempre los hay, porque la gente es muy mala, pero muy mala, le daría al Conde algo... ¿usted no la oyó hablar de anónimos?

MARQ. Sí, sí.

GENERALA. Bueno; pues ellos habian tenido algo, que no sé lo que sería, ni lo quiero saber, porque á mí no me gusta meterme en donde no me llaman, ni averiguar vidas ajenas, y ya salieron de aquí medio sí, medio no, ¿comprende usted? Él también estaba alterado por eso de los periódicos, que acá para inter nos debe ser verdad, porque yo sé por una persona que lo ha oído en una casa donde va un amigo de un paisano de un hermanastro del Conde, que el Conde anda muy mal de dinero hace ya tiempo y que está muy cerca de dar el trueno gordo, porque gasta lo que no tiene, y á un amigo nuestro le debe noventa mil reales de unos pagarés que le firmó, y esto es público, porque se ha dicho anteayer en la reunión de los de Parreño, que por cierto también están á la cuarta pregunta, y el mejor día les van á embargar hasta la ropa que llevan encima...

MARQ. Pero Generala...

GENERALA. Tiene usted razón, me he distraído; pero yo digo lo que oigo, que por lo demás yo no me meto en nada y que cada cual se las arregle como pueda.

SERAF. Mamá, ¿lo cuenta usted ó lo cuento yo?

GENERALA. Voy. Llegaron al baile, y naturalmente empezaron á hablar con ella unos pollos y á rodearla y á darla conversación. ¡Señor, para qué va una á los bailes! Y ella que no baila, tiene que hablar ..

MARQ. ¡Es claro!

GENERALA. En esto, se le ocurre á usted presentarle á un diputado, un chico muy guapo, ¿verdad?

SERAF. Muy guapo.

LAURA. Muy buen chico. Joven, conocido... Era un diputado carlista, ¿no?

MARQ. No, creo que es progresista.

GENERALA. (¡Ah!) Él había bailado conmigo hasta que usted llegó. Le ofrece mi diputado el brazo y dan una vuelta y dos por los salones. Pero en esto se acerca mi marido á la Condesa y le dice dos palabras, yo no sé cuáles.

LAURA. Yo sí.

SERAF. Esta las oyó.

MARQ. ¿Á ver, á ver?

LAURA. Fué papá y le dijo: ¡señora, lo he averiguado, el hombre del anónimo es el que la lleva á usted del brazo!

MARQ. ¿Luego el General sabía lo que el anónimo decía?

GENERAL. ¡Por lo visto! ¡Pero figúrese usted qué imprudencia! ¡Cosas de mi marido, que no sirve más que para mandar soldados!

MARQ. ¡Qué historia!

GENERALA. Decir mi esposo aquello, desasirse la Condesa del brazo del otro, ponerse pálida como la muerte y comenzar la gente á mirar al joven diputado, todo fué obra de un momento. El Conde acude, pregunta qué pasa, y su mujer le dice: ¡Vámonos! ¡Estoy mala! Excuso decirle á usted que todo el mundo se quedó hablando de ello, y que no hay quien desengañe á la sociedad de que...

MARQ. De mil cosas.

GENERALA. Unos decían que el diputado había dicho algo inconveniente á la Condesa.

LAURA. Otros decían que se soltó de su brazo, porque vió venir al Conde en ademán amenazador.

SERAF. Otros que estaban en inteligencia hace tiempo y que anoche riñeron y no supieron disimularlo.

GENERALA. Otros que...

MARQ. ¡Muchas cosas, muchas cosas!

GENERALA. ¡Pero lo más gracioso de todo esto es que el que más irritado está con el progresista es mi marido!

MARQ. ¿Y por qué?

GENERALA. ¡Eso es lo que digo yo! ¡Dice que le va á matar!

MARQ. ¡Jesús!

GENERALA. Que es un miserable, que se ha propuesto desunir á

un matrimonio. Lo que yo le digo, ¿á tí qué te importa? Y entonces se enfada más. Y yo le sostengo que ese hombre es un caballero, una persona muy apreciable... y se pone... ¡pero cómo se pone!

MARQ. Es raro...

GENERALA. Hasta tal punto, que salimos del baile, nos dejó en casa, dijo que iba al Casino y no ha vuelto.

MARQ. Habrá ido á buscar al rival del Conde...

GENERALA. Pero eso es cuenta del Conde, señora... Sopena de hacerle á una pensar otra cosa...

LAURA. ¡Mamá!

GENERALA. Pero si...

DONCELL. La señora Condesa no recibe.

MARQ. No quiere darse á ver.

LAURA. Lo siento...

SERAF. Y yo, porque todo el mundo, nos va á preguntar...

GENERALA. Es claro, saben la intimidad que hay...

LAURA. ¿Y qué decimos?

SERAF. Algo hay que decir.

LAURA. Preciso, sino, van á creer que nos han dado con la puerta en los hocicos.

MARQ. Se ocultan...

GENERALA. ¡Ya ve usted!

SERAF. Con decirlo así mismo...

GENERALA. Volveremos luego. Vamos, que ya es tarde... ¡Ay señora! ¡Qué mundo este!

ESCENA VI.

DICHAS y EL GENERAL.

GENER. ¡Ah! (Al ver á su mujer.)

GENERALA. Hombre, gracias á Dios.

GENER. Á los piés de usted, Marquesa.

GENERALA. Dime...

GENER. Adios, hija mía. (Abrazando á Laura y desviándose de su mujer.)

GENERALA. ¡Pero... Juan!

GENER. (Desviándose y abrazando á Serafina) Adios, adios.

GENERALA. Pero hombre, no seas así. Ven con nosotras, vamos á San Sebastián...

GENER. ¡Véte, mujer, véte!

GENERALA. ¡Ay! ¡Qué hombre tan absurdo!

ESCENA VII.

EL GENERAL.

¿No hay criados aquí? Á ver. . (Mirando alrededor. Va tirar del cordón de la campanilla. Entra el Criado.) Pase usted recado.

CRIADO. El señor Conde no recibe.

GENER. ¡Á mí me recibe!

CRIADO. La orden es general.

GENER. ¡¡Pues yo también soy general!! Pase usted el recado. (El Criado va al cuarto del Conde.)

ESCENA VIII.

EL GENERAL.

¡Pues señor, la cosa no deja de tener gracia! ¡Tengo que batirme para quedar bien, porque á mi mujer la da la gana de bailar toda la noche, y porque ya he dado el escándalo... tengo que batirme por celoso... como si estuviera casado con una niña de quince años! Y ello es indudable que mi mujer no bailó con más progresista que Dorval... pero hombre, ¿qué le habrá gustado de mi mujer?... ¡Bien se conoce que no la ha visto de día! No sé quien está más en rídiculo, si ella, él ó yo. Y ello es, que el anónimo, y la opinión pública, y mi sofocación de anoche.. ¡quién me mandaba á mí andar en estos jaleos que no me traen más que disgustos!... yo no sé disimular, le cogí á tiro, y á pesar de que iba con la Condesa, le dije... ¡qué sé yo lo que le que dije!... un periodista que había á mi la-

do se reía... no me faltaba sino salir por ahí en caricatura.. ¡bien, que al paso que lleva mi mujer, vamos á salir todos hasta en las cajas de fósforos bailando en familial...

ESCENA IX.

EL GENERAL, EL CONDE.

CONDE. ¿Qué es eso? (El Criado se retira.)

GENER. Soy yo.

CONDE. ¿Cómo va, querido general?

GENER. Muy mal, querido amigo. Con más veneno...

CONDE. Todos tenemos un poco.

GENER. Vengo á hablar con usted de un asunto...

CONDE. ¿Político?

GENER. ¡Moral!

CONDE. General, suplico á usted que hablemos más bajo, María está enferma...

GENER. Bueno. Pero necesito hablar con usted y apelo á la inalterable amistad que nos ha unido hace tanto tiempo.

CONDE. También yo necesito un amigo y le creo á usted el más leal de todos. Usted es un militar, franco, hombre de corazón...

GENER. ¡Maldito lo que sirve todo eso en el mundo! ¡Yo no puedo ser franco, ni leal, ni nada, porque enseguida me llaman grosero, y tengo que estar fingiendo y mintiendo desde que amanece hasta que encienden el gas, y hasta que le apagan! Pues si valiera la franqueza y el corazón, ¿cree usted que anoche no hubiera yo cogido á aquel títere por los faldones y le hubiera tirado por una ventana? Pero ya se vé, las conveniencias, el mundo... he matado qué sé yo cuántos moros en África y qué sé yo cuantos carlistas en Navarra, que no conocían ni de vista á mi mujer, y no puedo darle un triste pescozón á un quídam que me la baila toda la noche! Maldito sea...

CONDE. Mire usted, General...

GENER. ¿Quién me metió á mí en ir á un círculo que no es el mío? ¡Yo era más feliz cuando era teniente! Hombre, si viera usted qué envidia me da un matrimonio que vive enfrente de mi casa... Un hombre que debe de tener muy poco sueldo, una mujer tan modestita, unas niñas tan recogidas... pues mi mujer y mis niñas se ríen de ellas, porque dicen que son muy *cursis*! Y yo digo para mis adentros, ¡pero Señor, por qué no seremos también nosotros cursis! Sí señor, yo quisiera ser cursi! Estoy harto de...

CONDE. General...

GENER. Perdone usted. Á lo que vengo, vengo. Lo que ha pasado anoche es muy grave.

CONDE. ¿Muy grave. verdad, General?

GENER. Gravísimo.

CONDE. ¿Ese anónimo estaba justificado?

GENER. Sí señor, muy justificado.

CONDE. Anoche á última hora no pudimos cambiar más que una palabra... le dije á usted que creía que usted debía ver á ese hombre...

GENER. ¡Ah! ¿Usted creía?... Pues ya está eso hecho.

CONDE. ¿Le ha visto usted?

GENER. Yo no. Le han visto unos amigos.

CONDE. (¡Oh! no ha querido verle en mi nombre. Tal vez le repugna servirme de padrino!...)

GENER. Le han visto unos amigos... estamos citados para las once...

CONDE. ¡Ah!

GENER. La cosa no tiene más solución que esta.

CONDE. Desde luego.

GENER. Con quitarle de enmedio...

CONDE. ¡Oh, sí!

GENER. Á pesar de que la chismografía no se evita. .

CONDE. ¿No se evita, verdad?

GENER. Naturalmente, esto es un poblachón; aquí todo es delito... ¿Habla usted con una señora? ¡Hola! ¿Le gusta á usted, eh? Frecuenta usted una casa donde hay mujer

jóven... en la calle del Gato? ¡Hombre, hombre, mucha afición le tiene usted á la calle del Gato! ¿Va usted todos los días á su casa por la calle del Perro? ¿Qué se le ha perdido á usted por la calle del Perro? Recibe usted en su casa á un soltero: ¿Cuándo tenemos boda? ¿Recibe usted á un casado? ¡Ya sabrán las niñas que Fulano es casado... ¿Recibe usted á un viudo? ¡Hola... el viudito!... ¿Sale usted al balcón? Es que le gustan á usted las vecinas. ¿No sale usted de casa? ¡Qué hurones! ¿Abre usted la puerta? ¡Visitas, chismografía, murmuraciones, chismes y cuentos!—No se recibe.—¡Groseros, insociables. mal educados! Hombre! le dan á uno ganas de flotar un barco y pasarse la vida yendo y viniendo á Filipinas sin desembarcar en ninguna parte!

CONDE. Tiene usted razón, pero hay que vivir en el mundo y hay que luchar contra la calumnia, y como esto que pasa creo y quiero creer que es calumnia...

GENER. (Y me dice esto cuando mi mujer estuvo bailando toda la noche con el otro...) No señor, no es calumnia!

CONDE ¡General!

GENER. Sí señor, aquí estamos solos. las mujeres son tontas...

CONDE. ¡Oh! ¡Mire usted lo que dice!...

GENER. Digo lo que siento. Ya hace tiempo que vengo notando...

CONDE. ¿Usted?

GENER. Yo.

CONDE. ¿Y nuestra amistad no le imponía el deber de contármelo?

GENER. Yo no soy parlanchin, yo no soy como todo el mundo. La Condesa fué la primera en quererme persuadir...

CONDE. ¡Ella!

GENER. Sí, señor, ella.

CONDE. ¡No puede ser!

GENER. Basta que yo lo diga. Leimos el anónimo juntos...

CONDE. ¡Ah! ¿Y ella no disimuló?

GENER. Se contentó con romperlo.

CONDE. ¡Oh!

GENER. Pero ya el daño estaba hecho.

CONDE. ¡Busque usted á ese hombre!

GENER. Ya lo creo.

CONDE. No matarle hoy mismo, sería una indignidad.

GENER. (¿Á que me va á enseñar mi obligación?)

CONDE. Un hombre que nos roba así la reputación, que es más que la vida, debe morir á nuestras manos!

GENER. No necesito yo que usted me lo diga.

CONDE. Debe morir, porque solo así podemos probar al mundo que somos dignos de que nos estime.

GENER. (¡Me está dando lecciones!)

CONDE. De ese modo probaremos que solo la ignorancia de nuestra deshonra nos hizo aparecer despreciables.

GENER. Sí... pero esas cosas no hay que decírselas á un hombre de honor... ¿Esas cosas se hacen?

CONDE. ¡Es verdad, general! Abreviemos...

GENER. Tome usted esa carta. (Dándole una carta.)

CONDE. ¿Qué?

GENER. Son las once: si á las once y media no he vuelto á convencer á usted de la razón que tiene al decir lo que dice, abra usted esa carta, que no es anónima y podrá usted apreciar á sus amigos. Adios, señor conde.

CONDE. Adios...

GENER. (Ya en la puerta.) ¡Mire usted que batirme yo por coqueterias de mi mujer, contemporánea del general Castaños! ¡Ojalá me mate!

ESCENA X.

EL CONDE.

¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Qué vergüenza!... (Llora. Cae de bruces sobre el velador mesándose los cabellos.)

ESCENA XI.

EL CONDE y la CONDESA.

CONDESA. ¿Qué tienes, Román? (Cariñosisima.)

CONDE. ¡Ah! (Amenazador.) La voy á... (¡Pero Dios mío, qué pá-

lida está!) ¿Estás... mejor, María?

CONDESA. Sí, estoy mejor á pesar de que tus cuidados...

CONDE. Es verdad, yo he estado también... yo... (Dudando entre el enojo y la cortesía.)

CONDESA. ¿Qué dices?

CONDE. Digo, señora, que ya no hay disimulo posible... que entre nosotros dos... (Lo dice alzando la voz, avanzando hacia la Condesa. Esta da un grito y retrocede temblando. El Conde se contiene y dice con desesperada pasión.) (¡Miserable de mí, si la amo con toda mi alma!) (Vuelve á caer de bruces sobre el velador. La Condesa repuesta ya, se le acerca y le dice.)

CONDESA. ¡Válgame Dios, y qué criminal debo ser cuando así merezco tus iras!

CONDE. ¡Lo crees tú así!

CONDESA. Cualquiera lo creería, y si yo no recordára perfectamente lo sucedido anoche...

CONDE. ¡Oh... anoche!

CONDESA. ¿Te acuerdas? Sed de venganza me sacó de mi casa, pero no tuve valor para llevarla á cabo... ya se vé, está una obligada á guardar la buena forma indispensable.. mira tú el general que se olvida de su papel, como cae en el ridículo más espantoso .. como descubrió anoche las ligerezas de su mujer, que sin ser más que tonta, pasa desde hoy por mala.

CONDE. ¿Esto más? ¿Pretenderás ahora arrojar la culpa de lo sucedido sobre la familia de nuestro amigo!

CONDESA. ¿Pues quién fué sino él quien se encaró con mi galante caballero?

CONDE. Luego la opinión dirá que eres tú la que ocasiona...

CONDESA. ¿Cómo ha de decir eso, si el general me anunció anoche su divorcio?

CONDE. Y tú...

CONDESA. Callé.

CONDE. Pero...

CONDESA. Callé como una muerta, Román, porque mi silencio puede ser tu venganza, ese leal amigo que vino á hacerte el favor de revelarte ligerezas mías...

CONDE. ¡Oh! Pero á él le envió su familia...

CONDESA. ¡Ah! ¿Fué su familia? ¿Fueron ellas? ¡Ay Román mío, qué justiciera es la Providencia!...

CONDE. Me harás morir de confusión...

CONDESA. Te haré sospechar lo que yo sospecho. (Rapidez.) Aquí hay una conspiración, Román, una conspiración contra mi honra, lo he adivinado muy á tiempo: anoche he visto claro que se trataba de llevarme al sacrificio... pero un momento de serenidad me ha bastado; vive tranquilo, no se dirá que tu pobre mujer ha cometido falta ninguna! Bastó un momento de indignación mía, bastó que soltára mi brazo del de aquél hombre para que todas las miradas se fijaran en él y en mí, pero á bien que el General se apresuró á tomar por su cuenta el escándalo... Ya lo ves, él es quien arrostra la pública censura, ¿y sabes por qué? Porque yo callo. Y callo, no por vengarme, sino por descubrir hoy mismo la verdad, porque ese anónimo lo ha escrito alguien que vive entre nosotros.

CONDE. ¡Oh! Pero habla por caridad, porque yo estoy dudando de tí, y dudar es morir, y todo te acusa!

CONDESA. ¿Quién escribe los anónimos en el mundo? Aquél que no tiene ocasión ni motivo para labrar nuestra desgracia. ¿Por qué son anónimos? Porque son falsedades. ¡La verdad lleva la cara descubierta! ¿Quién los traza? El amigo envidioso, el pariente descastado, el vecino chismoso, la envidia y la traición, la calumnia rastrera. Si alguien te hubiera dicho ayer, tu mujer te deshonra, y no te lo hubiera probado en el acto, le hubieras abofeteado, no le hubieras creído, yo te hubiera estrechado en mis brazos, y hoy creerías en mí con más fé que nunca. Pero ha sido un papel quien te ha contado tal cosa, un papel, que ni siquiera has leído, y ya lo vés, todo el mundo es para tí sospechoso, dudas de mí, dudas de tí mismo, dudas del mundo entero. ¿Y por qué ha de merecer más crédito la mentira que pueden escribir tus lacayos que la verdad y la nobleza de la madre de tus hijos?

CONDE. Y sin embargo, el mundo...

CONDESA. El mundo es un imbécil que se deja engañar por cualquiera. Tú no sabes que ese malhadado papel lo ha leído antes que tú el General tu amigo?

CONDE. ¡Él! Luego él se refería...

CONDESA. ¿Tú no sabes que la casualidad es milagrosa? Tú no sabes que anoche al entrar en el baile decían esas niñas chismosas, no tan bajo que yo no lo oyera claramente. «¿Esta noche las paga todas?» Y qué es lo que yo iba á pagar á costa de mi opinión? ¡Dios mío! Haberte parecido mejor que una de ellas! haber preguntado á tu prima hace dos días la edad que tenía y que la oculta y niega como si fuera un crímen. Yo no sé quién ha escrito esa carta, pero sé que anoche se trataba de que Madrid entero la firmase.

CONDE. ¿Y tú no has desengañado al General?

CONDESA. No, porque en cambio de la tranquilidad que hoy pensaba devolverle, quería que exigiera á ese hombre una declaración terminante Ese hombre ha sido el instrumento de un traidor enemigo... llama al General, quiero verle y sacarle de dudas ahora mismo, porque acabo de saber que se debe batir hoy mismo.

CONDE. ¡Ah! ¿Y quién?

CONDESA. Lo dice embozadamente el primer periódico de la mañana. (Enseñando un periódico que habrá traído en la mano.)

CONDE. ¿Aquí?

CONDESA. Sí, es una revista de los salones, yo evitaré ese duelo.

CONDE. Luego el General ha obrado por su cuenta; luego se refería á él y no á mí cuando hablaba!...

CONDESA. Yo lo evitaré, yo quiero evitarlo.

CONDE. Pero... desgraciada, tú no sabes que... que el General?...

CONDESA ¿Qué?

CONDE. ¡Que no hay tiempo!

CONDESA ¿Cómo? (Aparece en la puerta del foro la generala, las niñas y la marquesa, y se disponen á oír con marcada curiosidad.)

CONDE. ¡No hay tiempo! ¡El General ha ido á batirse!

TODOS. ¡Qué!

ESCENA XII.

DICHOS, GENERALA, MARQUESA, LAURA, SERAFINA.

MARQ. ¡Qué!
GENERALA. ¡Mi marido!
LAURA. ¡Mi padre!
SERAF. ¿Con quién se bate?
CONDESA. Con Dorval.
MARQ. (¡Ah! Con Dorval!)
TODOS ¡Qué!
GENERALA. ¿Pero por qué se bate?
CONDESA. Por un anónimo recibido equivocadamente...
MARQ. (¿Se baten... se baten!...)
LAURA. ¡Un anónimo!
CONDESA. La culpan á usted...
GENERALA. ¡Á mí!
CENER. Me dejó una carta...
TODOS. Á ver!..
CONDE. (Lee.) «Me bato á las once con el amante de mi mujer!...»
TODOS. ¡Ah!
MARQ. (¡Qué suerte tiene esta prima mía!) Pero...
CONDE. «Si á las once y media en punto no he vuelto... habré muerto.»
TODOS. ¡Oh!
GENERALA. ¡Corra usted!
CONDESA. ¡Enseguida!
SERAF. ¡Al momento!
CONDE. Sí, sí, corramos... (Suenan las once y media. Grito general. Se detienen todos. Pasados unos segundos se presenta el General en el umbral de la puerta, y baja lentamente en medio de la ansiedad general.)
MARQ. (¡Qué ansiedad, Dios mío, que ansiedad tan horrible!..)
GENER. Ya estoy aquí.
CONDESA. Y... qué?...
GENER. Que hemos sostenido una lucha desesperada...

TODOS. ¡Ah!

GENER. Sí, una lucha de palabras para convencernos el uno a otro de que somos un par de zánganos!

CONDE. ¿Cómo?

MARQ. ¿Qué?

GENERALA. ¿A ver?

GENER. ¡Já, ¡Já, ¡Já, Já! (Risa irónica.) En poco ha estado que el papelito anónimo no ocasionara un disgusto, pero he descubierto la hilaza...

MARQ. (Se han entendido! Me perdí miserablemente.)

GENER. Yo no conozco á su mujer de usted, me dijo ..

GENERALA No puede ser, á nosotras nos conoce todo Madrid!...

GENERALA. ¡Cállate, cállate! Yo no la conozco sino desde hace dos ó tres días. Yo he servido anoche de juguete á una coqueta...

MARQ. (¡Y me mira!...) Siga usted, siga usted, me va gustando eso.

GENER. Á una coqueta á quien olvido y perdono, porque soy muy prudente y caballero. Si usted la conoce, añadió, dígale usted que no debo suponer que me estima en mucho al ver la insistencia con que anoche quiso que el mundo me viera cerca de otra mujer exponiéndome á la justa cólera de una señora y de su marido. ¿Comprende usted, marquesa?

MARQ. Sí, sí, siga usted, siga usted. (Disimulando y riendo.)

GENER. Ella debe conocer muy bien, añadió, al autor ó autores de cierto anónimo...

MARQ. ¡Ah!

CONDESA. ¡Prima!

MARQ. ¡Já, Já, Já! Pues señor, cualquiera creerá al verle á usted mirarme con los ojos tan abiertos, que yo tengo parte en ese asunto.

GENER. Señora...

CONDESA. (¡No la descubra usted!)

MARQ. Pero como no la tengo, y como maldito lo que me importa de todos estos folletines caseros y estas historias tan tremebundas, me quitan las ganas de comer, ustedes me permitirán que me retire sin interesarme ni

por los anónimos, ni por Dorval, ni por usted, ni por nadie, ¿no es verdad? Yo celebro infinito que se hayan ustedes arreglado y que esta familia apreciable se quede en su casa, y que estas niñas bailen, y que Dorval se ponga tan grave; pero tengo otras cosas que hacer... Já, Já, Já! Adios, primita, adios; sea usted muy feliz en su rinconcito; adios, querido primo... Que te alivies; adios, Generala, mi enhorabuena por esas conquistas, niñas, adios, que comamos dulces... adios, General predicador, adios prima, ya saben ustedes... ¡Já! ¡Já! ¡Já¡ ¡Já! (¡Ay! me ahogo... miserable de mí... miserable mundo!)

ESCENA XIII.

DICHOS menos la MARQUESA.

CONDESA. ¡Era ella!

CONDE. ¡Ella!

SERAF. Pues es claro, ¿quién había de ser sino ella? ¡Si es muy mala!

GENERALA. Quería perderme.

CONDESA. ¡Quería perderme á mí, y no era ella sola!

SERAF. (Eso lo ha dicho por nosotras.)

LAURA. (¡La muy tonta!)

GENERALA. ¿Conque me suponías infiel?

GENER. Vámonos. Los periódicos traen bromitas. El duelo se ha evitado, el ridículo no.

GENERALA y NIÑAS. ¿Cómo?

CONDESA. Es verdad. El ridículo es ya inevitable.

LAURA. Pues mire usted el que más y el que menos...

GENER. ¡Mañana nos vamos á vivir á Pinto!

GENERALA. ¿Que?

GENER. Sí; allí bailais con los mozos del pueblo cuando tengais ganas. Yo no vuelvo á Madrid hasta que no se olvide este tropezón.

GENERALA. ¿Pero se puede saber quién era mi supuesto amante?

GENER. Dorval.

GENERALA. ¡Ah! ¿Dorval?

CONDESA. Sí, Dorval.

GENERALA. ¡Ah! (Yo creí que era otro.)

GENER. Á casa, niñas. Hasta la vuelta amigos míos. Si me ocurre algo ya le escribiré á usted al Congreso, porque usted es de los míos.

CONDE. No, no, perdone usted, compromisos políticos me obligan á militar entre los progresistas.

GENER. ¡Ah... Usted!... (Cogiendo del brazo á su mujer y á una de sus hijas.) ¡Ea, ya volveremos!

GENERALA y NIÑAS. Muy buenos días.

ESCENA XIV.

CONDESA y CONDE.

CONDE. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

CONDESA. Esto si que ha sido al maestro cuchillada. ¡De buena me he librado! Si tu criado no llega á ser torpe...

CONDE. Afortunadamente...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y el CRIADO.

CRIADO. Esta carta, señor.

CONDE. ¿Es para mí?

CRIADO. Señor...

CONDE. (Leyendo.) «La Marquesa del Valle se quedará mañana en casa.»

CONDESA. Dame. (Lo rompe.) Yo he renunciado á salir de la mía, como no sea para ir á llevar á mis hijos á paseo.

CONDE. ¡Oh, sí!

CONDESA. Chismes, cuentos, enredos, calumnias, envidias, asechanzas... ¡ay Román mío! Yo quisiera circular entre mis relaciones una esquelita que dijera...

CONDE. Á ver ..

CONDESA. (Al público.) El Conde y la Condesa que necesitan todo el dia para quererse bien y para educar á sus hijos, se quedan desde hoy siempre en casa!

(Se abrazan.)

FIN DE LA COMEDIA.

OBSERVACIONES.

Una indisposición grave de la señora Hijosa, le impidió tomar parte en la primera representación de esta obra. Hizo su papel á satisfacción del público la señorita Chaman , á quien el autor agradece la prontitud con que supo estudiarle.

Procure el actor que represente el papel del criado, hacerle viejo y muy corto de vista, equivocando siempre las personas a quienes se dirige.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacio	L.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San Jose	L. y M.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepin	1	Rafael M. Liern	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1/2 L.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.